

A quién le importa la cultura

Distintos sectores y asociaciones profesionales se han venido movilizando en los últimos meses para hacer pública la denuncia del progresivo deterioro de este preciado bien en Madrid. Estos movimientos, previos y en paralelo a una campaña electoral, hacían resaltar aún más la falta de atención y respeto hacia la cultura. Desde ninguno de los foros abiertos al supuesto debate sobre el futuro inmediato del país se le ha dedicado la más mínima atención, y esto no atañe sólo a la capital.

Aquellas acciones estaban dirigidas a unas instituciones públicas concretas: al gobierno municipal y a sus gestores culturales. Pero el problema tiene mayor alcance: si se repasan los mayestáticos eventos del pasado año, se ve que, culturalmente, no ha quedado nada.

En el aspecto músico-jazzístico de esta importante cuestión, se podría afirmar que *va la marcha pero no la música*. La Logse (otro tema candente y no resuelto) es una ley que ignora profundamente la conveniente educación musical en la sociedad española: los estudios musicales no están reflejados ni reglamentados como debieran y, en parte, es razonable que no culminen con una licenciatura porque no son estudios integrales para el individuo: de ahí habría que partir. Pero, además y según esta normativa, lo que no es música llamada clásica, no es música. Por ley. ¿Qué pasará con las escuelas que imparten otras músicas, en concreto escuelas o talleres de jazz? Llevan años funcionando y de ellas han salido músicos muy respetables, con nivel profesional alto, que a su vez están formando a futuras promociones de músicos. En una sociedad en la que se clasifica y predetermina todo ¿cómo se calificará a estos profesionales de la música?

Pero ¿qué hacen estas escuelas y estos músicos para reafirmar su cualificada existencia? Parece que nada. La situación general es grave y en Madrid concretamente muy preocupante: el Taller de Músicos está viviendo sus últimos días en un edificio amenazado de ruina. Los locales donde hay música en vivo (clubes, cafés...) están sometidos a una legislación propia de los establecimientos de hostelería, sin ninguna atención a su calidad de salas de música, y se ven obligados a cumplir normas de locales que ni arriesgan ni aportan nada.

No es preciso montar el circo, pero sí que se fomente la presencia del jazz en bares y auditorios, escuelas, cadenas de televisión y radio, y que el Ministerio de Cultura, en necesaria permanencia como inductor y promotor de actividades, a través de sus órganos gestores, trabaje también para esta música y con sus profesionales. No es de recibo que cuando hay que recortar presupuestos siempre le toque a la cultura y especialmente a sus manifestaciones clasificadas como minoritarias. No es pertinente privatizarlo *todo* porque se implanta el mercantilismo. El Estado, sus instituciones, están para fomentar, educar, sensibilizar, equilibrar, orientar la financiación si es precisa; no se puede encomendar la cultura a un sistema de oferta/demanda.

Los grandes patrocinios privados tan al uso, generan *marcha*, no hay que despreciarla, pero igual que llega, se esfuma. La formación de la persona, también la musical, es algo más profundo, tiene que perdurar independientemente de la crisis y de si el evento requiere atención o no en televisión. Y en lo que a la música se refiere (sobre todo al jazz), algo se lograría con actividad y actuaciones de los más interesados, de los directamente afectados, de quienes más se quejan y a quienes no se ha visto en ninguna de esas movilizaciones de las que se hablaba al principio: ¿no saben agruparse para reivindicar? Generalmente se escuchan lamentos con mucho sentido pero sin provecho, y ya sería hora de poner la música en marcha. Nadie es inocente: tampoco lo es el público y mucho menos el artista.

Cuadernos de Jazz

